

## Introducción a la Sociología Americana

*Por el Dr. Oscar ALVAREZ  
ANDREWS. De la Universidad de  
Chile. Colaboración especial para  
la Revista Mexicana de Sociología.*

“**E**L juicio erróneo que los extranjeros emiten frecuentemente sobre nosotros, —dice Don Moisés Poblete Troncoso, hablando de los Problemas Sociales de América Latina— se debe a una falta de “criterio de las proporciones”. Pretenden comparar en todos sus aspectos las jóvenes nacionalidades de América, de poco más de cien años de vida independiente, de una cultura en plena formación, de fuerzas y elementos raciales diversos, de vida económica incipiente, con las milenarias culturas europeas, llenas por lo demás también de defectos y de paradojas en el dominio Social”.

Lo anterior es válido, por mi parte, para los juicios que emiten sobre los EE. UU. los sociólogos europeos, y muchos Sudamericanos europeizados, y para los juicios que emiten sobre los países Latinoamericanos algunos escritores de Europa, de EE. UU. y de los propios países Sudamericanos.

América Latina es sociológicamente desconocida tanto en Europa como en los EE. UU. Así como los EE. UU., son

sociológicamente desconocidos entre los americanos del Sur, y en Europa.

Nos conocemos mutuamente por las informaciones oficiales de los Gobiernos, y por informaciones no siempre verídicos y justas de viajeros y turistas, de agentes comerciales y de propagandistas a sueldo. Pero nuestras realidades las ignoramos, o las conocemos sólo a través de opiniones interesadas.

He leído muchas opiniones sobre América, desde el libro de Keyserling, que considera a América del Sur “el Continente del Tercer día de la Creación”, hasta el de Jinarajadasa que la considera como el Continente del Porvenir; desde Siegfried, que la estudia económicamente, a Paul Morand, que la estudia psicológicamente; desde Tocqueville que estima a los E.E. UU. como la democracia más perfecta del mundo, a Gini que considera a los E.E. UU. como un país de plebeyos enriquecidos. ¿Y a qué seguir? Partidarios y enemigos, tienen todos los países y todas las culturas.

Por otra parte, nada tiene de extraño que los extranjeros no nos comprendan cuando nosotros mismos, —me refiero a los americanos del Sur, abarcando México y Cuba—, tampoco nos comprendemos.

Cada uno de nuestros escritores y Sociólogos, mira a su país y a los países hermanos, no con un criterio objetivo, amplio, científico, realista, sino con su peculiar modo de pensar o de sentir. Es así como se han generado errores y prejuicios tanto pesimistas como optimistas que hoy adquieren el carácter de dogmas y que carecen por felicidad de base científica.

1º Creo que es García Calderón, en su obra “Les Démocraties Latines de l’Amérique” el que subrayó que la historia de las Repúblicas hispano-americanas, era sólo la historia de sus hombres representativos y de sus caudillos deificados por las masas.

Poco importaba a este escritor, —y a otros muchos, que Colombia y Chile apenas hubiesen tenido “Caudillos”, o que Argentina hubiese tolerado a uno solo, derrocado por el mismo pueblo—. Generalizando, con un sentido muy tropical, estos escritores afirman enfáticamente que América es la tierra del caudillismo. “Con tres millones de indios, aunque sean cristianos, no realizaríais jamás una república, —decía Alberdi—. Tampoco la realizaríais con cuatro millones de españoles peninsulares. Necesitamos más anglosajones, si no queremos vivir toda la vida bajo los caudillos”. (Alberdi “Bases”, etc. p. 212).

Yo pregunto ahora. El caudillismo ¿es un fenómeno sólo americano? ¿Y la constelación de dictadores europeos de Hitler a Stalin, de Mussolini a Oliveira Salazar, de Franco a Kemal Paschá?

La dictadura y el caudillismo no es un patrimonio de un pueblo o de un grupo de pueblos. En períodos de descomposición política y social, surgen los caudillos, en todas las épocas y todos los pueblos. No es el caudillo el que produce el caos; es el caos el que produce el caudillo. Sin revolución francesa no habría existido Napoleón; sin la revolución rusa no existirían Stalin ni Mussolini. <sup>1</sup>

Pero ello no quiere decir que la dictadura sea el estado normal de dichos pueblos, ni de pueblos americanos. Se necesita mirar la vida con criterio demasiado estrecho para generalizar en esa forma. Todos los pueblos del mundo han pasado y pasan periódicamente por períodos alternados de exceso de autoritarismo y exceso de libertades democráticas. Es el péndulo de la vida política. A todo exceso de poder sigue un exceso

<sup>1</sup> Mussolini, y por tanto el fascismo, surgieron como una reacción contra el comunismo en Italia.

de libertad; y viceversa. Ayarragaray —otro sociólogo argentino—, cree que el caudillismo es un producto del determinismo étnico. Ingenieros duda de la posibilidad de europeizar las regiones intertropicales. “Allí sólo pueden vivir las razas de color, y éstas necesitan regímenes militares”. Felizmente la geografía política y social contemporánea no corrobora estas ideas.

2º El segundo error pesimista es la idea de inferioridad de la “raza” latina. Desde luego no hay razas puras. Pocos pueblos más mezclados que el pueblo norteamericano, y no se puede quejar de la potencialidad de su factor humano. Y en Europa, Alemania, que se precia de ser antisemita, parece ignorar que en su gestación hay restos de todas las razas conocidas. El concepto de “raza”, que biológicamente y con salvedades, se puede aplicar en ciertas especies animales, en el campo humano, es totalmente inaplicable. En la historia de la humanidad todas las razas han tenido y tienen cualidades y defectos. No hay razas superiores o inferiores; hay hombres superiores o inferiores en todas las razas. La misma superioridad o inferioridad son conceptos relativos. Lo que en una época es virtud en otra es delito; lo que en un pueblo es un mérito, en otro, puede ser defecto. Lo único que debe preocuparnos son las condiciones vitales del factor humano, que habita nuestros suelos, cualquiera que sea su raza. Necesitamos tener poblaciones sanas, física y mentalmente. Lo demás vendrá por añadidura.

Todos los pueblos han tenido momentos de hegemonía. Todas las culturas nacen, crecen, culminan, decaen y mueren. Cuando los pueblos arios vagaban por las selvas europeas, cubiertos con pieles y cazando osos con hachas de piedra, los pueblos semitas producían en el Mediterráneo la estupenda cultura egipcia, que más tarde habría de servir de base a la Cultura Occidental. Cuando España practicaba aún las ordalías y el juicio de Dios, en América había Imperios de cientos de

miles de kilómetros cuadrados que vivían bajo un sistema de socialismo agrario y de economía dirigida casi perfectos. <sup>1</sup>

3º La tendencia a la anarquía de los pueblos mestizos, es otro mito pesimista propio del afán de generalizaciones de los sociólogos del siglo pasado. “El gaucho apenas aventaja al salvaje” —decía Sarmiento—. Tan mestizos, son biológicamente hablando, los alemanes de hoy como los sudamericanos; los ingleses como los norteamericanos. Y si por mestizos se quiere entender las mezclas de españoles y de indios, los nombres de Juárez en México, de Páez en Venezuela y de Belzú en Bolivia, los tres con 80% de sangre india, bastan para probar que el mestizaje ha producido también gobernantes con pleno sentido de su autoridad y responsabilidad, y que han estado muy lejos de tolerar la anarquía o la sumisión al extranjero.

4º El último gran error pesimista que quiero analizar es el mito de la barbarie de la época colonial. Fruto del sectarismo y del fanatismo político y “nacionalista” del siglo pasado, este error perdura hasta nuestros días. Y sin embargo, todo lo que nuestros pueblos tienen de grande y de firme lo deben a la Colonia. Sin los cabildos coloniales la Independencia política habría sido un mito. Sin las universidades coloniales no habríamos tenido estadistas. Sin esa paz colonial, no habrían florecido las industrias y las artes que florecieron. Sin las Instituciones Jurídicas de esa época no habríamos tenido los Códigos y Ordenanzas que hicieron posible después la maduración de nuestro Derecho.

Errores pudo cometer España. Pero no podemos negar que todo lo que somos y valemos, a España lo debemos. España ha sido el único pueblo del mundo que al conquistar y coloni-

1 Y siguiendo en este orden, cuando España dominaba todos los mares del mundo, Inglaterra, o sea la raza sajona era un pequeño reino del Norte de Europa, una isla apenas conocida.

zar otros pueblos no se ha avergonzado de mezclarse con ellos y dar origen así a nuevas razas dándose a si misma.

Pero hay también exageraciones optimistas igualmente nocivas: 1º Algunos escritores han echado a volar la noticia de que los americanos del Norte y del Sur representan la 6ª y 7ª subraza cósmica que aparecerá dentro de varios siglos y cuyo destino es recibir la antorcha del progreso humano y elevarlas a alturas no sospechadas. La guerra mundial con la terrible destrucción de valores y monumentos, parece dar ciertos visos de posibilidad a esta tésis. Pero sociológicamente ella es insostenible.

En el mundo no hay pueblos ni razas ni continentes privilegiados o predestinados. Cada cual crece y se forma con el aporte de todos los pueblos y culturas que le han precedido o le rodean. El mayor elogio que se podría hacer de América es decir precisamente que cuando el mundo cayó en el delirio de la guerra, América Hispana recibió la herencia de las civilizaciones pasadas, abrió sus puertas a todos los países, —arios y judíos, ingleses y alemanes, rusos e italianos, franquistas y republicanos de España, franceses de de Gaulle y de Petain—, sin preguntar a nadie por su raza, su nacionalidad o su ideología. La superioridad de América no la debería así a su aislamiento sino a la inversa, a su amplio espíritu democrático.

2º Se discute también la superioridad espiritual del hispanoamericano sobre el sajonoamericano o la física de éste sobre aquél. Nuevos errores. Ya vimos que esta idea de “superioridad” es absurda a fuerza de ser relativa. ¿Qué es superioridad espiritual? Si es moralidad, sentido religioso, pureza de costumbres, afán de hacer obras de asistencia, dedicación de los estudios científicos profundos, etc., la superioridad, —si cabe hablar así—, está en E.E. UU., a pesar de su prensa y de sus vistas de cine, y no en nuestros pueblos. Si es la literatura, la poesía, la música, la pintura, la escultura, la danza, —me vería

en duros apiretos para decir cuál pueblo tiene la mayor literatura, música, pintura, o sentido artístico en general, toda vez que la superioridad tocante a las artes es en sí un concepto relativo que cambia de época en época, de pueblo en pueblo, de clase en clase. Igual error se comete cuando el pueblo yankee se jacta de su poder físico o de su salud e higiene integral. Los campeones deportivos en su 50% no son blancos sino negros o extranjeros. Detrás de cada récord hay un yankee y veinte extranjeros aspirantes a ese récord. En el conjunto y con el tiempo ¿quién vence a quién?

En E.E. UU. la higiene y la salud pública han llegado también al récord, pero ¿es “eso” superioridad física de un pueblo? De aquí a cien años, ¿quién dominará? ¿La familia blanca —matrimonios sin hijos o con un hijo, ultra sano y atlético—, o la familia negra, mulata o mestiza con 7 a 10 niños, muchos raquíticos o débiles? ¿La familia “Jeckill” o la familia “Edwards”?

3º Un último mito optimista es el de la Unidad Política del Continente. Considero que el Panamericanismo como lo entienden algunos ilusos es un mito. América jamás formará un solo Estado, a menos que ocurriera acá la locura de Europa: Que un pueblo empezara a vencer a todos los otros pueblos, a destruir las instituciones nacionalistas de cada país, y a imponer, —utilizando partidarios de cada parte—, un “nuevo orden americano” fundado en la fuerza.

Pero por el camino de la paz, jamás nuestros pueblos abdicarán de su soberanía. Hay ya demasiado tiempo vivido en forma independiente. Cada pueblo tiene su patrimonio económico y espiritual demasiado arraigado. Podrán formarse uniones pasajeras,, —como este “block americano”— para defender el hemisferio contra un peligro de una supuesta invasión extranjera; pero pasado el peligro cada cual recuperará su autonomía. Tampoco creo en la Unión Latinoamericana o en la Iberoamericana, o en la Indoamericana. En cambio, creo en la unión

económica de grupos de países, como las Confederaciones del Pacífico (Chile, Bolivia y Perú), o del Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay), o del Amazonas (Brasil y Guayanas), o de Colombia (Colombia, Ecuador, Venezuela), o de México (México, Guatemala y Salvador), o de Centroamérica (Honduras, Nicaragua, Costa Rica), o de las Antillas (Cuba, Puerto Rico y Haití), o del Gran Norte (Alaska, Canadá y Estados Unidos), etc. O bien uniones aduaneras como el proyecto del Canciller Aranha; o sea Argentina, Brasil y Chile.

Pero unidad política total, voluntaria, es a mi juicio una ilusión, buena para hermosos discursos, y campañas sentimentales de una fraternidad que todo corazón deseo: pero que veo cada vez más lejana.

4º De intento he querido dejar para el final el problema económico. Se suele hacer un gran caudal en la superioridad inmensa del pueblo norte-americano en materia económica y en la inferioridad económica también inmensa de los países sud-americanos. Pues bien: el problema de la superioridad económica es otro de los temas profundamente relativos de nuestro tiempo.

Entre Inglaterra, dueña del Imperio Colonial más grande del mundo, y cualquiera de los países escandinavos, (Finlandia, Suecia o Dinamarca, antes de 1938), ¿cuál tenía una economía más firme? ¿Cuál era superior? Si por superioridad se entiende potencialidad exógena, Inglaterra era superior. Pero entonces lo económico pasaba a ser una parte de lo político. En cambio si por superioridad se entiende el mejor equilibrio entre la producción y el consumo; entre la industria agrícola o minera o la fabril; entre la riqueza privada y la pública; entre las importaciones y exportaciones, entonces la superioridad era de los escandinavos.

Ellos no tenían super-millonarios; pero tampoco tenían cesantes ni mendigos. No tenían la manía de la producción en



miles de millones de unidades; pero en sus tierras nadie moría de hambre y cada campesino era propietario de su suelo. No tenían un magnate de industrias de armamentos; pero tampoco en sus tierras había analfabetos entre hombres y mujeres de 18 a 60 años, y todo habitante, rico o pobre, estaba asegurado contra la enfermedad.

En América existen en efecto todos los tipos de economía. Desde el super-capitalismo norte-americano —que hoy por hoy es el capitalismo más poderoso del mundo—, hasta la economía casi colonial de algunos pueblos de las Antillas y la pre-capitalista de los países del Pacífico. Los del Atlántico —en especial Brasil y Argentina—, han superado la etapa inicial y han pasado a formar en el grupo de países neo-capitalistas, seguidos de cerca por México, Venezuela y Chile. Las consecuencias sociales de las crisis económicas del capitalismo norte-americano son de sobra conocidas, y las trataremos luego en detalle.

Entre tanto recordemos precisamente que la unidad política Americana no será nunca realidad mientras sea América pasto de las luchas de capitalismo extranjeros. Es de todos sabido que el capitalismo de los EE. UU. controla la economía del 90% de los pueblos del Pacífico, y el capitalismo inglés la economía de los pueblos del Atlántico.

Hagamos ahora una ligera síntesis de los grandes problemas americanos.

El problema de la escasez de población es tal vez el más general en América. Su densidad media de 7 habitantes por Km.<sup>2</sup> contrasta con la de los demás continentes —fuera de Australia—, y da contornos propios al problema económico americano.

Ligado íntimamente a lo anterior está el problema agrario, o sea, de la propiedad de la tierra. Resabio de la época colonial, predomina aún en general en toda América, el gran latifundio.

Unas pocas familias son dueñas de más de la mitad de las tierras de todos los países. Se ha mejorado mucho la situación en este terreno, en México, Argentina, Chile. Pero siempre el problema subsiste debido a la escasa subdivisión de la propiedad en casi todos los demás países.

El equilibrio entre los diversos tipos de producción es otro grave problema americano. Hasta hace poco, sólo E.E. UU., presentaba el tipo capitalista puro. Los demás países se dividían en agricultores (Argentina, Uruguay, Brasil) y mineros (Chile, Perú, México, Bolivia). O sea el 80% de los países americanos eran sólo productores de materias primas; no transformadores de las mismas. Hoy se ha avanzado bastante. Argentina, Brasil y Chile en el Sur y México y Cuba en el Norte, tienen una industria fabril cada día más poderosa y se tiende en todos los países a una relativa autarquía.

Problema de excepcional gravedad, y casi genuinamente americano es el del capital extranjero. Este mal no lo conocen los países europeos. En América el 80% del capital invertido en minas, industrias y comercio, es extranjero (predominando como vimos el inglés en el lado del Atlántico y el americano en el lado del Pacífico). Si anotamos que la mano de obra es en su 80% indígena o mestiza, tendremos la explicación de los continuos conflictos sociales. Al antagonismo económico se une el racial y no pocas veces el político, toda vez que el capitalista milita por lo general en partidos de derechas y el trabajador en partidos de izquierda. Cabe a México la gloria de haber iniciado con éxito una política de nacionalización de sus riquezas naturales (petróleo, etc.) expropiando legalmente a las compañías extranjeras.

En materia biológica el gran problema americano es la incorporación de razas de color a la sociedad nacional. Este problema adquiere mayor intensidad en México —que ha ensayado una notable política indigenista—, y en Perú y Bolivia,

con respecto al indio. En Brasil y E.E. UU., el gran problema racial lo producen los negros, si bien Brasil, como México, ha ensayado una política práctica y amplia en favor de esta raza negra, que no ha encontrado igual tratamiento en E.E. UU.

En E.E. UU., Brasil y Argentina existe además el problema de la inmigración extranjera. Pero en el 80% de los países, el verdadero problema biológico lo forma el aumento de las enfermedades sociales y el alcoholismo con sus terribles influencias en el porvenir de cada nación y en especial en las clases pobres.

En materia cultural el problema básico de casi todos nuestros pueblos es el porcentaje subido de analfabetos y la inadaptación de los programas educacionales a la idiosincracia del pueblo y a los problemas de la hora presente. A excepción de México, que ha dado un paso enorme en este sentido con sus escuelas rurales, en los demás países el problema está latente. Descartemos los E.E. UU. cuyo índice de analfabetos es el menor del continente y hoy día el menor del mundo.

Como más de alguien lo ha observado, los países americanos han sido en materia cultural simples arrabales de Europa. Ha faltado en ellos salvo excepciones honrosas una conciencia de su personalidad. Felizmente las dos grandes guerras mundiales —la de 1914 y la actual—, han creado un clima propicio para desarrollar una cultura típica en cada país. Al nacionalismo o autarquía económica, ha seguido un nacionalismo cultural. Se estudia y se apoya un arte original autóctono. El simple auge tomado por los estudios sociológicos revela el deseo de todos los países de conocerse mejor a sí mismos y de conocer a los demás. Pero también aquí la Sociología se resiente de los caracteres típicos de cada pueblo. Como lo hemos dicho otras veces, hay una diferencia marcada entre la Sociología Norte-Americana y la Sud-Americana (abarcando México y Cuba). La primera, como de origen sajón, es práctica, objetiva; no

da gran importancia a la doctrina, sino al hecho social, al caso A o B, al problema de N o X. La segunda es más teórica, más doctrinal. Desprecia los casos individuales o demasiado concretos y busca las líneas generales del proceso social, analizando sus causas y efectos y enfocando unas y otras desde un ángulo doctrinal.

Pero aun la Sociología Sud-Americana tiene dos corrientes: la del Atlántico en que predomina la escuela biológica-organicista, y cuyo mejor representante es Ingenieros, y la del Pacífico en que predomina la escuela histórica y cuyos mejores representantes son Letelier, Latcham, Mac Lean, en Perú y Chile y Gamio y Caso en México. La razón es obvia: los pueblos del Atlántico no tuvieron cultura indígena autóctona pre-colombina. Cuando llegaron los europeos encontraron "el continente del tercer día de la creación." Los que llegaron tuvieron que crearlo todo. En los países del Pacífico los europeos hallaron imperios perfectamente organizados con una cultura avanzada que a pesar de la guerra de conquista, de la voracidad de los conquistadores y del fanatismo de algunos de ellos, ha llegado a influir en el carácter actual de nuestros pueblos.

Grave problema social es en América la crisis de la familia. Cualquiera que sea el tipo de cultura, sociológicamente la familia debe ser la célula original de todo pueblo. Desgraciadamente por razones de razas y razones económicas, día a día se desorganiza más. En ello tiene gran responsabilidad el capital extranjero. Por felicidad se ha iniciado en varios países una intensa lucha en defensa de la familia.

Problema social delicado es también en América el religioso. Naciendo todos los pueblos de un tronco común cristiano, han ido evolucionando en sentidos distintos. En México y Chile, la descristianización ha sido un fenómeno palpable; pero ello se ha debido más que a un proceso mental a un proceso político. La desgraciada participación del clero en la política y las luchas

de los partidos contrarios a él en el Gobierno. El éxito ponderado del reciente Congreso Eucarístico chileno, confirma mi tesis. El Gobierno del Frente Popular, ateo por principio, derrochó facilidades para dar brillo al Congreso y demostrar tolerancia. Pero jamás las logias dominaron mejor en toda la administración pública.

En cambio en Argentina y Colombia se ha producido una reacción notable del sentimiento religioso. La religión cristiana en sí misma ha sufrido en muchos países de América pequeñas influencias paganas (provenientes algunas de los cultos de los pueblos primitivos) y en otros del modernismo y afán de imitación de los norteamericanos (misas por radio, etc.) Pero en general, y a pesar de las corrientes políticas de avanzada, la masa del pueblo americano sigue siendo instintivamente religiosa.<sup>1</sup> Un hecho notable es la disminución de la tensión que antes existía entre católicos y protestantes, y la tolerancia curiosa observada por los grupos marxistas desde la guerra germanorusa, hacia la Iglesia Cristiana.

En el orden político encontramos varios problemas sociales de interés que afectan a casi todos nuestros pueblos. Desde luego ha pasado a ser un lugar común, el decir que América representa la democracia. Sí: democracia, porque no aceptamos reyes con coronas ni castas privilegiadas. Pero cada país entiende la democracia a su modo. En unos la democracia es sinónimo de igualdad; en otros de libertad. En unos se confunde democracia con plebeyismo; en otros con cierta selección. En unos democracia es régimen presidencial que se impone a las castas hereditarias de la Reacción; en otros es el parlamentarismo que limita las facultades de los presidentes.

La participación directa del pueblo en el gobierno es, desde luego, un mito en nuestros días. El pueblo sólo puede parti-

<sup>1</sup> Religiosa; no clerical. Este es un fenómeno casi general en América. El pueblo es creyente y casi supersticioso en exceso; pero el clero cada día pierde más influencia.

cipar en el poder por medio de representantes. Pero ¿quiénes votan? ¿quiénes pueden elegir y ser elegidos? Lueven las semejanzas y diferencias en los países. El sufragio universal es la regla general. Pero es una universalidad relativa: no abarca en el 80% de los casos a las mujeres, a los menores de 21 y mayores de 18 años, a los analfabetos (el 50% del proletariado auténtico de cada país), a los extranjeros, etc. En E.E. UU. el sufragio universal alcanza quizás teóricamente la perfección. Luego veremos la práctica: el "spoils system", el "Cacus", convierten la política en un vulgar negociado.

En el hecho en todos los países americanos están apareciendo partidos totalitarios; o sea partidos que quieren tomar ellos solos el control de todo el país. Se imponen reformas políticas que dan participación a la mujer en las elecciones y califican mejor a la población con derecho a sufragio. Entre los hispanoamericanos Chile ha dado ya el primer paso permitiendo a la mujer participar en elecciones de Municipales. Como se sabe, en E.E. UU. la mujer participa en política y elige y es elegida.

Otro problema político con proyecciones sociales profundas es el de las clases sociales. Pocos países en el mundo presentan los caracteres nuestros para una división cada vez más profunda en clases sociales como los pueblos hispanoamericanos. Abismos económicos, raciales, ideológicos, separan a los diversos grupos, creando mentalidades tan opuestas que llega una persona a dudar, al oír hablar a otras dos personas, si ambas pertenecen al mismo país.

Por felicidad la legislación social —entendiendo por tal las leyes del trabajo, de previsión social, de asistencia social (vivienda, etc.)— está formando un puente, un grupo medio que atenúa el choque entre los grupos sociales, y que puede llegar a suprimirlo. Naturalmente influye aquí también el clima. En los países tropicales los odios entre los partidos y los grupos sociales, son más intensos que en los países y regiones frías.

El centralismo es otro problema típico americano. Aun en los países federales, la lucha entre la ciudad y el campo adquiere caracteres trágicos. Países casi despoblados aún, tienen la tendencia a concentrar todos los adelantos en las capitales y dejar semi-abandonadas a las regiones rurales. Resultado: super-urbanismo, con todo su cortejo de miserias (falta de vivienda, carestía de la vida, epidemias, masas flotantes de descontentos, etc.) y despoblación de los campos y provincias lejanas (falta de brazos para la agricultura y las minas, etc.) Se necesita una legislación urbanista más estricta y una política rural más práctica y efectiva (camino, ferrocarriles, escuelas, etc.)

He aquí cómo concibo una Sociología Americana comparada. La vida tal como es. Es esto, creo, lo que América necesita. Conocerse bien. Conocerse, como diríamos, en traje de baño. Sin amplificar defectos ni cualidades.

Los americanos no somos ni ángeles ni bestias: somos simplemente hombres. La Sociología comparada nos mostrará como somos. Grandezas y miserias tienen todos los países. Conozcamos unas y otras, pero con espíritu elevado, científico; no para envidiar unas y tratar de copiarlas, adoptándolas a ojos cerrados —y no *adaptándolas*—, o publicar despectivamente las otras, para justificar ciertos aislamientos; sino para vivir como buenos vecinos, comunicándonos las experiencias que hacemos en este aprendizaje de la vida colectiva que no termina nunca, a fin de que lo bueno de cada uno pueda ser imitado por los demás y lo malo pueda servir de ejemplo y de lección para evitarlo o combatirlo, no sólo en sus efectos, sino en sus causas.

Tal es el concepto objetivo, realista que yo doy a la Sociología Americana.

No me fundo como se ve en ninguna escuela: ni en la interpretación “económica-marxista” de la Sociología, ni en la interpretación “empírica-comtiana”, o en la “empírica-espiritua-

lista” de la misma. Aplico sólo la experiencia. Hechos: no palabras; números: no teorías. Pero tampoco me voy a la pulverización de los hechos sociales aislados, sino que tomo los grandes hechos sociales agrupados en grandes síntesis: hechos biológicos, hechos económicos, hechos culturales y hechos políticos.

Cada país americano tiene sus peculiaridades propias. Analicémoslas.

Lleguemos a ellas sin prejuicios; con el cariño con que analizaríamos la vida —los triunfos y los fracasos—, de un hermano ausente durante muchos años, y al cual volvemos a encontrar en el hogar común donde todos nos contamos nuestras experiencias del pasado y nuestros planes para el porvenir.

En esta forma no hay superioridades ni inferioridades.

Todos queremos una América poderosa, en el terreno biológico, asociada y organizada económicamente, libre de todo yugo extranjero en el orden político —y unida por los vínculos del espíritu más poderoso que todos los anteriores—, en el orden cultural.

El primer paso puede ser este conocimiento sociológico recíproco del Debe y el Haber de nuestra Contabilidad Social.

La Sociología Americana comparada, puede ser el primer paso de una verdadera Americanidad.